



EDUARDO DA' BOSCO

**EDUARDO DA' BOSCO**

**PECAHONDO**

Primera edición, octubre 2012

© 2012, Eduardo Da' Bosco

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en sistemas de archivos recuperables ni transmitida de ninguna forma o por medio alguno, electrónico, mecánico, químico, fotocopiado, grabado o de otras maneras, sin el consentimiento legal del tenedor de los derechos.

*A Sara Arreola  
por todos sus desvelos.*



*(...) únicamente un humo delgado y pálido de recuerdo se levanta fugazmente de su nombre extinguido y se deshace, casi sin dejar rastro, en el cielo apacible del tiempo.*

Stefan Zweig

*Fouché*



# PRIMERA PARTE

## I

### 1

Nadie se habría preocupado jamás de Pecahondo si a un oscuro oficinista no se le hubiera ocurrido presentarle a su jefe un proyecto que pareció un chiste al consejo de asesores y una broma de mal gusto a sus esposas, satisfechas de vivir en la limpieza de sus palacios, con sus porcelanas, espejos venecianos, arañas de cristal y jardines con arriates sembrados de flores exóticas. Aunque las mujeres no expresaron sus opiniones, el rechazo a semejante proposición se dibujó en los gestos de sus narices esmaltadas, esculpidas con habilidad por cirujanos plásticos y cuidadas por expertas en estética. No solo los órganos olfatorios se contrajeron, también pómulos y frentes mostraron su intrincada topografía, hasta entonces sepultada con exquisita diligencia bajo el maquillaje.



Sin interesarse por la reacción general, el mandatario miró al modesto funcionario, le preguntó el nombre, la ubicación de su trabajo y le pidió una ampliación de la idea.

Los ministros, sus secretarios; los asesores, sus asistentes; los diplomáticos, sus ayudantes se miraron; levantaron los bigotes, quienes los tenían, las cejas y las barbillas y todos hincharon los pómulos —unos el derecho, otros el izquierdo— y movieron las bocas hacia delante con los labios apretados para contener la risa.

El presidente le hizo al subalterno un lugar junto a él. Alrededor se instalaron los señorones y sus dueñas, contentos de disfrutar de una inesperada función de circo y distraer el hastío protocolario; sin duda, pensaban, el político tomaría la chanza en serio con el propósito de ponerle pimienta a la velada, sumida en el fastidio por repetitiva.

El empleado repasó el entorno de una ojeada, descubrió la expresión de los invitados, alerta y dispuesta a la carcajada y el escarnio, y desarrolló su pensamiento con una habilidad poco común. Reunió los cabos sueltos, se desbordó en detalles técnicos, realizó cálculos económicos, trazó el itinerario de los trabajos y resolvió el supuesto rompecabezas con precisión y destreza, como si la elaboración de aquel plan tan meticuloso y tentador, y ningún otro quehacer, le hubiera ocupado la vida desde el nacimiento. Habló de puentes y viaductos, sistemas de drenaje y compactación de suelos, fuentes de energía, estrategias de seguridad, distribución de edificios y urbanismo, árboles y paseos,

conglomerados administrativos y de comercio internacional, centros de recreo, parques, sistemas de transporte subterráneo y colonias residenciales de suma elegancia donde podrían ir a vivir aquellas distinguidas damas y sus encopetados maridos.

Y todo en el espacio perdido de Pechahondo.

El auditorio lo oía con estupor y, por un instante, en la imaginación, lo vio despojar del mantel una de las mesas y develar una maqueta construida con esmero. Los asistentes dejaron de observarse, buscaron con disimulo un bulto cubierto con una manta; una caja grande, dadas las características del complejo, o un ujier, escondido en uno de los salones aledaños, dispuesto a entrar empujando el enorme prototipo en una mesa de ruedecillas.

La ciudad crecía, siguió explicando el empleado, su inestabilidad económica se debía al desorden causado por la inexperiencia de los políticos, a la rapiña de sus colaboradores, a la ambición de sedientos mercaderes y al despilfarro de recursos, empleados, por lo general, en asistir a los miserables inmigrantes que cada año llegaban por decenas de millares. La época y el erario no permitían dedicarse a la erección de otra Brasilia, sin embargo, un enclave de ese tipo equivalía a un acto similar, si se tomaban en cuenta las dificultades del presente. Además, agregó, se eliminaría del rostro urbano la vergüenza personificada en el detestable Pechahondo. El Gobierno se asociaría con la empresa privada y uno y otra se brindarían concesiones, según sus posibilidades, así se aseguraría el éxito financiero y la

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

